

ENCICLICA "OPTATISSIMA PAX"(*)

(18-XII-1947)

NECESIDAD DE VOLVER AL RECTO CAMINO, TANTO EN LA VIDA
PRIVADA COMO EN LA PUBLICA, PARA LOGRAR LA CONCORDIA

PIO PP. XII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

AAS 1. **La paz vacilante, sobre todo en el**
39 **campo social.** La tan deseada paz, que
601 debe ser la tranquilidad en el orden⁽¹⁾
y la libertad tranquila⁽²⁾, tras las cruen-
tas vicisitudes de una larga guerra, va-
cila hoy, como todos notan con tristeza
y amargura, todavía insegura, y tiene
como suspendido en un angustioso afán
el espíritu de los pueblos, mientras que
en no pocas naciones, devastadas últi-
mamente por el conflicto mundial y
por las destrucciones y miserias que
han sido su dolorosa consecuencia, las
clases sociales, movidas recíprocamen-
te por amargo odio, amenazan, como
todos ven, minar y convertir, con tu-
multos y turbulencias sin cuento, los
cimientos mismos de los Estados.

2. **El Papa exhorta a pedir a Dios
la pacificación.** Una profunda amar-
gura oprime Nuestro espíritu ante tan
funesto y lamentable espectáculo, y Nos
parece que el mandato paterno y uni-
versal que de Dios Nos hemos recibido
no sólo Nos impulsa a encarecer a to-
dos que procuren apagar los secretos
602 odios y renovar felizmente la concor-
dia, sino también a exhortar a cuantos
son nuestros hijos en Cristo a que ele-
ven al cielo con mayor frecuencia sus
plegarias, porque, como muy bien sa-
bemos, todo lo que sin la protección
Divina se lleva a cabo, resulta defec-
toso y estéril, según la sentencia del
salmista: *Si el Señor no edifica la casa,*

*en vano se fatigan los que la fabri-
can*⁽³⁾.

3. **El desastre económico después
de la guerra no se debe explotar.** Son
inmensos los males que exigen un ina-
plazable remedio. Porque por una par-
te, en muchas naciones la economía,
por los enormes gastos militares y las
inmensas destrucciones bélicas, se ha-
lla en tal situación de inseguridad y
agotamiento, que muchas veces no está
en condiciones de resolver los proble-
mas que se van planteando y de soste-
ner las oportunas iniciativas, que po-
drían dar trabajo a quienes por des-
gracia contra su voluntad, se ven cons-
treñidos a un ocio inútil. Por otra par-
te, desdichadamente, no faltan quienes
exasperan y explotan la miseria de las
clases proletarias, con secreto y astuto
cálculo, obstaculizando así los nobles
esfuerzos enderezados a la reconstruc-
ción en el recto orden y la justicia de
las fortunas deshechas.

4. **La recuperación de la crisis no se
obra por la agitación.** Es necesario
que, finalmente, comprendan todos que
no se pueden conseguir de nuevo los
bienes perdidos, ni conservar los que
peligran, mediante las discordias, los
tumultos y las matanzas entre herma-
nos, sino solamente mediante la labo-
riosa concordia, la mutua comprensión
y el trabajo pacífico. Los que con plan

(*) A. A. S. 39 (1947) 601-604; versión de "Ecclesia" N° 337, Año VII, 27-XII-1947 p. 677.

(1) San Agustín, "De civitate Dei", lib. 19, cap.
13 (CSEL 40 vol II p. 395, 15), Santo Tomás, II,
II, II, 29, ad primum).

(2) Cicerón, 2ª Filípica, cap. 44.

(3) Salmo 126, 1.

premeditado agitan inconsideradamente las multitudes, excitándolas al tumulto, a la sedición y a las injurias a la libertad ajena, sin duda ninguna no ayudan a mitigar la indigencia del pueblo, sino que mas bien la aumentan, provocando la ruina final, exacerbando el odio e interrumpiendo el curso de las actividades de la vida social. De hecho, las luchas de los partidos fueron y serán para muchos pueblos una calamidad mayor que la guerra misma, que el hambre y la peste⁽⁴⁾.

603 **5. Necesidad de la pacificación por el espíritu cristiano.** Pero al mismo tiempo, todos deben comprender que la crisis social es tan grande hoy y tan peligrosa para el porvenir, que es necesario que todos y cada uno, y especialmente los que más tienen, antepongan el bien común a los provechos y utilidades privadas. Y, antes que nada, urge la pacificación de los espíritus, trayéndoles a la concordia fraternal, a la comprensión mutua, a la recíproca colaboración. Hasta el punto de que puedan llevarse a la práctica aquellas doctrinas y aquellas normas directivas que están de acuerdo con las enseñanzas cristianas y con las circunstancias del momento.

6. El abandono de Cristo trajo los males; hay que volver a El para conjurarlos. Tengan todos presente que el acervo de males que en los últimos años hemos tenido que soportar ha descargado sobre la humanidad principalmente porque la Religión divina de Jesucristo, que promueve la mutua caridad entre los hombres, los pueblos y las naciones, no era, como habría debido serlo, la regla de la vida privada familiar y pública. Si, pues, se ha perdido el recto camino por haberse alejado de JESUCRISTO, es menester volver a El tanto en la vida privada como en la pública. Si el error ha entenebrecido las inteligencias, hay que volver a aquella verdad divinamente revelada que muestra la senda que lleva al cielo. Si, por fin, el odio ha dado frutos amar-

gos de muerte, habrá que encender de nuevo aquel amor cristiano, que es el único que puede curar tantas heridas mortales, superar tan tremendos peligros y endulzar tantas angustias y sufrimientos.

7. Invitación a todos, en especial a los niños, a rezar en la fiesta de Navidad por la concordia. Y puesto que se acercan ya las suaves fiestas de Navidad que nos hacen contemplar a aquel Niño Jesús, que en el pesebre deja oír sus vagidos y aquellos angélicos coros, que invocan para los hombres la paz, juzgamos oportuno exhortar calurosamente a todos los cristianos, y especialmente a los que están en la flor de los años, para que corran en gran número a los nacimientos y allí derramen sus plegarias para hacer que el Niño Dios quiera benigneamente apagar y alejar las amenazadoras teas que agita el odio en las sediciones y en los tumultos.

Que El ilumine con su luz las inteligencias de los que muchas veces, más que movidos por terca malicia, son arrastrados al engaño por errores que se disfrazan bajo las especiosas apariencias de la verdad; que reprima y aplaque el odio de los espíritus, componga las discordias, haga vivir y florecer de nuevo la caridad cristiana; que a los que gozan de abundante fortuna les enseñe la abundante generosidad 604 con los pobres; que a los que padecen de necesidad y pobreza les aporte con su ejemplo y con su ayuda los consuelos del espíritu y enderece sus deseos hacia todas las cosas celestiales, que son las mejores y las que nunca se pierden.

Entre las angustias presentes, ponemos gran confianza en las oraciones de los niños inocentes, escogidos y preferidos por el Divino Redentor de modo especial. Alcen, pues, ellos sus cándidas voces y sus débiles manecitas, símbolo de su inocencia interior, implorando la paz, la concordia y la mutua caridad, y que a las fervorosas plegarias unan aquellas prácticas piadosas y aquellos

(4) Tito Livio, "Historia", lib. IV, cap. IX).

óbolos generosos con que la divina justicia, por tantas culpas ofendida, se puede aplacar y, al mismo tiempo, los indigentes puedan recibir, en la medida que permite la disponibilidad de cada uno, los socorros convenientes.

8. Esperanza de que se cumplan los deseos papales. Tenemos plena confianza, Venerables Hermanos, en que, con el empeño y diligencia de que habéis dado tantas pruebas, haréis que estas paternales exhortaciones Nuestras sean acatadas y produzcan dichosos frutos, y en que todos, y de modo especial los niños, correspondan con de-

cisión y entusiasmo a esta invitación Nuestra, que vosotros haréis vuestra.

9. Bendición Apostólica. Confortado con esta suave esperanza, como prenda de Nuestra paternal benevolencia y auspicio de las gracias celestiales os damos a todos y cada uno de vosotros, Venerables Hermanos, lo mismo que a la grey confiada a vuestros cuidados, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma. Junto a San Pedro, el día 18 de diciembre del año 1947, 9º de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.